

LA RAZA COSMICA DE JOSE VASCONCELOS: UNA UTOPIA RACIAL

Por Mónica E. Scarano

I

Dentro de la vasta producción textual del ideólogo y literato mexicano José Vasconcelos, ocupa un lugar privilegiado el conjunto de ensayos, discursos y conferencias que sintetizan y exponen sus reflexiones acerca de la cultura hispanoamericana. En ellos encontramos el testimonio de una preocupación común a la ensayística mexicana, generada en relación con el *Ateneo de la Juventud* (1909-1914), en el clima ideológico que sirvió de fondo a los avatares de la Revolución Mexicana. Asimismo, se advierte en dichos textos una modulación original en la secuencia discursiva que, inscripta en el marco del sistema ensayístico hispanoamericano, desarrolla la función de «pensar» la identidad cultural de la «América mestiza».

La escritura de Vasconcelos comparte el carácter complejo y polémico de la personalidad de su autor. Como textos americanistas, sus escritos representan el estilo cultural vigente entre los círculos intelectuales mexicanos, en las primeras décadas del siglo XX: *postpositivista*, por su marcado rechazo de la ideología que había dominado en el régimen porfiriano, y *postarielista*, por su avance con respecto a la lectura modernista de la cultura, condensada en el *Ariel* de Rodó, a la que se agrega una mayor proximidad a lo histórico-circunstancial. Su postura con respecto al tema del porvenir de los pueblos hispanoamericanos ha sido concebida en el contexto de las discusiones que tuvieron lugar en el *Ateneo de la Juventud*, donde se nucleó la «nueva generación» de «caudillos culturales» —como acertadamente los denomina Enrique Krauze—, que, en las postrimerías del régimen de Porfirio Díaz, intentó construir un nuevo espacio cultural, enfrentándose con la generación de sus padres y maestros, para diseñar un orden nuevo¹. Entre

¹ Enrique Krauze define como «caudillos culturales» a los hombres que, como José Vasconcelos —en una actitud que será modelo para la generación de 1915 en México—, «quisieron embridar culturalmente a la Revolución», pretendiendo «instaurar en México el *buen poder*, la obra de beneficio colectivo, imponiendo a la realidad cruda y bronca de la Revolución la sublime y ordenada de la ética absoluta y la técnica...». Cfr. E. Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. (México: Siglo XXI, 1985), 5.ª ed., p. 15.

Leopoldo Zea lo ubica a Vasconcelos en la «generación del Ateneo o del Centenario». En octubre de 1909, Vasconcelos funda el «Ateneo de la Juventud», con Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña (único miembro no mexicano), Jesús T. Acevedo, Ricardo Gómez Robelo, Julio Torri, Alfonso Reyes, y otros. En ocasión del Centenario de México (1910), dictaron conferencias y Vasconcelos leyó entonces su famoso discurso «Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas», que se distinguió por su originalidad. En 1912, Vasconcelos asume la presidencia del Ateneo: a partir de ese momento lo convierte en el «Ateneo de México», otorgándole el carácter de *cruzada cultural* y convirtiendo lo que antes era un «cenáculo elitista» en un verdadero movimiento nacional, con la ayuda de su ingerencia en el gobierno maderista. Poco después,

ellos surge nuevamente la preocupación metafísica y se consolida una nueva filosofía anti-intelectualista y anticientificista. La «nueva sensibilidad» compartida por este grupo basa sus puntos de vista en las lecturas de Schopenhauer, Nietzsche, Stirner, Boutroux y Bergson, entre otros, y elabora una nueva concepción acerca de la tradición cultural mexicana y los problemas espirituales y culturales hispanoamericanos, que es posible sintetizar en dos rasgos más salientes: el nacionalismo cultural y la revalorización del mestizaje.

La generación del Ateneo inicia una revolución ideológica que acompaña el proceso político y social de la Revolución Mexicana, destruyendo las bases ideológicas en que se apoyó la burguesía mexicana en la etapa porfirista². El mismo Vasconcelos reconocerá años más tarde, en la primera parte de su tetralogía autobiográfica: *Ulises criollo* (1935), el rol del Ateneo como precursor intelectual de la Revolución Mexicana, al haber iniciado la rehabilitación del pensamiento de la raza³.

El ensayo fue la forma más utilizada por los ateneístas para desarrollar sus ideas. Adalbert Dessau atribuye esta preferencia al complicado carácter social del grupo, así como al hecho de que la mayoría de sus miembros, como intelectuales, no tomaran parte directa en los procesos económicos, de modo que encontraron en el ensayo, por su forma sistemática, el mejor instrumento para la propagación de su pensamiento⁴.

el Ateneo se disolverá, durante la fase armada de la Revolución. Cfr. Leopoldo Zea, *Apogeo y decadencia del positivismo*. (México: El Colegio de México, F.C.E., 1944), p. 259; José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos*. (México: F.C.E., 1977), pp. 30, 42-46.

Martin S. Stabb señala lo que distingue al grupo del Ateneo respecto del programa arielista: el grupo mejicano compartió la crítica arielista al cientificismo, su ánimo humanista y su tono generalmente idealista, pero parecen ajenos a las ideas de los ateneístas la insistencia en el papel de la aristocracia y la estructura social jerárquica, así como cierta actitud *snob* y la pose esteticista. Cfr. Martin S. Stabb, *América Latina en busca de una identidad*. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano, 1890-1960 (Caracas: Monte Avila, 1967), p. 74.

² Cfr. L. Zea, *ob. cit.*, p. 261, donde agrega que, admitiendo un papel activo del Ateneo en la Revolución Mexicana, éste actuó en el campo teórico de lo político, no en lo social.

³ Cfr. José Vasconcelos, *Ulises criollo*, en: Antonio Castro Leal, (selecc. y pról.), *La novela de la Revolución Mexicana*. (México: Aguilar, 1970), pp. 677-678.

Vasconcelos tuvo distintos grados de compromiso y participación en la Revolución Mexicana. En 1904 integró el primer Partido Antireeleccionista, en oposición al gobierno de Porfirio Díaz. En 1910 participó en la Gran Convención de ese partido. Al año siguiente fue Secretario de la Agencia Confidencial de la Revolución en Washington D.C. Al poco tiempo quedó al frente de dicho organismo. Durante el gobierno de Francisco I. Madero, fue director de la Escuela Nacional Preparatoria. Después de la Decena Trágica y de los asesinatos de Madero y Pino Suárez, huyó de la ciudad de México para incorporarse a las fuerzas revolucionarias. Desde La Habana y Nueva York, tomó contacto con los dirigentes de la Revolución. Fue nombrado agente confidencial en Inglaterra. De regreso de Europa, en 1914, participó en la Convención de Aguas Calientes, donde fue nombrado presidente provisional el gral. Eulalio Gutiérrez. Vasconcelos ocupó el cargo de Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes hasta 1915. Por oponerse al triunfo de Venustiano Carranza sobre los caudillos revolucionarios, Vasconcelos se destierra voluntariamente en Nueva York y luego en Lima. Regresó a México, próximo el fin del gobierno de Carranza. Caído éste, fue rector de la Universidad de México, durante el gobierno provisional de Adolfo de la Huerta, desde 1920. Durante el gobierno del gral. Alvaro Obregón ocupó el cargo de Secretario de Educación Pública, suprimido en la Constitución de 1917. En este periodo fue enviado como embajador en misiones especiales a diversos países de América del Sur. Distanciado luego con Obregón y Calles, renunció a la Secretaría y se exilió voluntariamente en Europa, desde 1925.

⁴ Cfr. Adalbert Dessau, *La novela de la Revolución Mexicana*. (México: F.C.E., 1972), p. 105.

II

La exposición, prédica y defensa de la unidad cultural iberoamericana, así como el tratamiento de lo que, en la introducción a *Indología* (1926), denomina «trilladas cuestiones» relativas a los problemas políticos, sociales y raciales de nuestro continente, recorren numerosos folletos, libros, notas y viajes de Vasconcelos, pero encuentran su forma más acabada en sus dos textos más conocidos y comentados: *La raza cósmica* (1925) e *Indología*, ambos escritos en su voluntario exilio europeo, luego de distanciarse con quienes estaban al frente del gobierno de su país, lo que motivó su renuncia como Secretario de Educación Pública.

En las primeras páginas que prologan *La raza cósmica*, Vasconcelos alude al «intertexto» que operará sobre sus reflexiones: allí menciona la legitimización del mestizaje favorecida y propiciada por la política dominante a partir de la Revolución Mexicana, hace referencia a la vigencia de un código en desgaste, en la época en que Vasconcelos publica su ensayo; la teoría darwinista de la supervivencia del más apto, aplicada a lo social por Gobineau, quien en el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853-1855) desarrolla la tesis del ario puro, que sirvió de sustento ideológico al imperialismo británico y fue llevada a extremos aberrantes por el nazismo⁵. Vasconcelos advierte las fisuras en dichas doctrinas científicas, con las que pretende romper, y señala la emergencia de nuevas teorías que superan las limitaciones de las ideologías y códigos anteriormente dominantes, introduciendo una nueva interpretación del concepto de evolución, eliminando toda discriminación racial y proclamando la necesidad de educar a todos los hombres en igualdad⁶.

No obstante esta profusión de doctrinas nuevas y opuestas a los códigos oficiales poco tiempo atrás, es fácil encontrar residuos de doctrinas positivistas, a lo largo de *La raza cósmica*, por la frecuente recurrencia a claves y nociones raciales para la exposición de la cuestión de la cultura hispanoamericana. El acento está puesto indudablemente en la incidencia del factor étnico, si bien se consideran además el factor del medio físico y geográfico y el factor espiritual, en la segunda y tercera parte del ensayo, respectivamente. Hay, sin embargo, paralelamente en el texto una voluntad expresa de alcanzar una visión sintética que concilie la realidad espiritual, humana e intuitiva con la precisión y claridad de los datos proporcionados por la historia y la ciencia:

⁵ Cfr. José Vasconcelos, *La raza cósmica*. Misión de la raza iberoamericana. Argentina y Brasil (Bs. As.: Espasa Calpe, 1948), p. 9. En adelante, toda vez que se cite o menciones algún párrafo perteneciente a este libro, se indicarán a continuación entre paréntesis, las páginas correspondientes.

⁶ Desde su conferencia pronunciada en el Ateneo..., en 1910, titulada «Don Gabino Barreda...», expresa su descontento con el orden positivista que llevaba medio siglo en vigencia, y afirma su actitud crítica frente a esa ideología, posición que comparten los demás integrantes de dicho cenáculo. Así describe el clima intelectual reinante: «Se sentía la necesidad de una doctrina que fuese capaz de poner en marcha al interés humano. A las ideas de Comte, Stuart Mill y Spencer se opusieron las de Schopenhauer, Nietzsche, Boutroux, Bergson y Rodó». (Cit. por: L. Zea, *ob. cit.*, p. 263. Cfr. tb. p. 268).

«Sólo un salto del espíritu, nutrido de datos podrá darnos una visión que nos levante por encima de la microideología del especialista. Sondemos entonces en el conjunto de los sucesos para descubrir en ellos una dirección, un ritmo y un propósito. Y justamente allí donde nada descubre el analista, el sintetizador y el creador se iluminan.

Ensayemos, pues, explicaciones, no con fantasía de novelista, pero sí con una intuición que se apoya en los datos de la historia y la ciencia.» (pp. 15-16)⁷.

La yuxtaposición de alusiones explícitas o no a discursos ajenos de diversa índole, la utilización de diferentes criterios, métodos y teorías para la exposición y análisis del problema americano se traducen en el discurso en una doble conformación lingüística. En efecto es notable observar cómo se desliza constantemente el flujo discursivo desde una neutralidad propia del lenguaje científico, cuando se intentan argumentaciones de esa índole (etnológicas, geológicas, antropológicas, biológicas, sociológicas) (pp. 31, 33, 48), hacia formas más libres, poéticas, que denuncian un discurso literario, dentro de las posibilidades retóricas del ensayo, que emerge en los pasajes de mayor carga espiritualista, donde se desarrollan ideas pertenecientes a una filosofía de la vida, ascendente, dinámica, que habilita la posibilidad de un pensamiento utópico, como algo realizable y desprovisto de connotaciones negativas (p. 32).

La construcción de la utopía

Entre la crítica de la ciencia y el anhelo libre del espíritu, se instala una construcción que subyace en el discurso de *La raza cósmica*, hasta ahora inadvertida para la crítica: la *configuración utópica*, que parte de una rebelión hacia una realidad presente inaceptable, para encaminarse con esperanza hacia el diseño de un porvenir mejor, cuyas posibilidades imagina e idealiza. Max Nettlau en su definición del fenómeno utópico destaca esta doble tensión:

«La utopía es un fenómeno social de todas las épocas y es una de las primeras formas y más antiguas del progreso y de la rebelión: porque el deseo de elevarse por encima de un presente que no parece aceptable más que para el usurpador y el disfrutador, y la esperanza de que se triunfará un día, los medios para llegar, todo eso se transforma en reflexión sobre el porvenir, en visión de lo que podría hacerse alternando en el organismo sano con el impulso a obrar *hic et nunc*, con la acción y el trabajo y la investigación o el experimento presentes.»⁸

No se desarrolla una narración detallada ni una descripción rígida ni exhaustiva en *La raza cósmica*, sino que se delinean los rasgos esenciales de la «nueva humanidad futura». Se insiste reiteradamente en la función crítica del presente y del pasado para proclamar la necesaria concreción de alternativas positivas que superen el egoísmo materialista del blanco y pongan en duda su pretendida superioridad.

⁷ La voluntad de síntesis de las nociones de «raza y «espíritu» se condensa en la divisa que propone como lema para el escudo de la Universidad de México: «Por mi raza hablará el espíritu».

⁸ Max Nettlau, *Esbozo de historia de las utopías*. (Bs. As.: Imán, 1934), p. 7.

La utopía es, en Vasconcelos, un *vehículo eficaz* al que recurre —sin desconocer su larga y arraigada tradición en la literatura mexicana y latinoamericana— para expresar sus ideas, en el marco flexible del discurso ensayístico, y captar el interés del público lector⁹. Como utopista, Vasconcelos se aproxima al profeta o al visionario, hasta tal punto que en el Prólogo define el contenido del ensayo como un «presagio» (pag. 9), una «premonición» (así subtítulo a las *Notas de viaje por América del Sur*). Aún como *visión*, la utopía asume en *LRC* un carácter decididamente *mesianico* que induce al lector a la acción, para poner en práctica el programa místico de instaurar una nueva sociedad en un tiempo y un espacio perfectos, pues «estamos llamados» a consumir «una misión divina» (p. 28). Se trata, en este sentido, de una utopía *mesianica* y *escatológica*. Si coincidimos con Raymond Ruyer en que:

«Las utopías tienen valor de síntomas de las ideas e ilusiones de la época en que son escritas (...) Reflejan las ideas más que la realidad del momento en que escriben...»¹⁰.

debemos señalar al insistente mesianismo de Vasconcelos como un rasgo propio de su época y del ambiente intelectual de la generación del Ateneo. Es recurrente asimismo la idea de *cambio*, que sugiere una movilidad, opuesta a toda sumisión. Todo apunta al futuro, a superar el pasado:

«...somos nosotros de mañana...» (p. 30)

Abundan los verbos en futuro, las construcciones hipotéticas en modo potencial, los adverbios que indican posibilidad (p. 39), junto con argumentaciones que defienden la tesis de la probabilidad de la misión futura de la raza iberoamericana de formar, mediante la unión con todos los pueblos, la «quinta raza cósmica».

La posibilidad de la construcción utópica en *LRC* está inaugurada por la acción mediadora de la *ilusión*. La estructura flexible del ensayo permite el ingreso de elementos ficcionales manejados por el libre ejercicio de la fantasía y la imaginación. La naturaleza ficticia es una característica común, al menos en la estructura formal, a todas las configuraciones utópicas, lo que no implica concederle una libertad de acción ilimitada al componente imaginativo, contrabalanceado por la indispensable referencia a la realidad que pretende mejorar y superar¹¹. Vasconcelos sentencia:

⁹ No es nuestro propósito revisar la tradición utópica en México, a principios del siglo XX, pero creemos interesante destacar en particular el papel relevante de América en las utopías europeas más conocidas. Cabe recordar al respecto también el gran éxito que desde fines del siglo pasado suscitó este género en toda Europa, especialmente en Francia, y su buena acogida entre los miembros del Ateneo de la Juventud (recordemos *La utopía de América* de Pedro Henríquez Ureña (La Plata, 1925).)

¹⁰ Raymond Ruyer, «Caracteres generales de las utopías sociales», en: Irving Louis Horowitz (selecc.), *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*; tomo II: Contenido y contexto de las ideas sociales (Bs. As.: Eudeba, 1964), p. 120.

¹¹ Cfr. Max Nettlau, *ob. cit.*, p. 11. Nettlau propone no despreciar la imaginación y el sueño en el proceso de construcción de la utopía. Por otra parte, Glenn Negley y J. Max Patrick definen a la utopía como necesariamente *ficticia* en su forma, lo que no permite una licencia absoluta de la imaginación, por su necesaria referencia con la realidad y alguna semejanza con

«La realidad será como la fantasía...». (p. 35);

más de una vez recurre a la leyenda, como en la alusión a «una civilización nacida de nuestros bosques» y al «misterio de los hombres rojos» (p. 14).

La constante utilización de criterios irracionalistas, antiintelectualistas, que apelan a la vía de la intuición como medio seguro de alcanzar el ideal soñado:

«... si descubrimos, si creamos, triunfaremos...». (p. 27).

«... Vagamente sentimos que...». (p. 27).

expresa un anhelo, casi intuitivo, poco científico, que no se concilia —y esto es lo que resulta chocante y resta solidez a la construcción— con el recurso de valerse de argumentaciones pretendidamente científicas:

«opinan geólogos autorizados...». (p. 9)

«Observaciones recientes habían demostrado que...». (p. 10).

En contraste con lo que se pretende lograr desde el discurso, se subraya así la inconsistencia de la argumentación por la difícil y conflictiva convivencia de elementos irracionalistas y científicistas. La fantasía no admite justificaciones científicas y viceversa. El desajuste se agrava en afirmaciones insustanciales como las siguientes:

«El inglés siguió cruzándose sólo con el blanco, y exterminó al indígena; lo sigue exterminando en la sorda lucha económica, más eficaz que la conquista armada. Esto prueba su limitación y es el indicio de su decadencia (...). Contradice el fin ulterior de la Historia, que es lograr la fusión de los pueblos y las culturas...» (p. 27).

«Si el Amazonas lo dominan los Ingleses de las islas o del continente, que son ambos campeones del blanco puro, la aparición de la quinta raza quedará vencida. Pero tal desenlace resultaría absurdo; la Historia no tuerce sus caminos; los mismos ingleses, en el nuevo clima, se tornarían maleables, se volverían mestizos...». (p. 35).

A esto se agregan, además, hipótesis sin demostrar, apelaciones al «mandato de la Historia», afirmación de hechos «indefectibles», utilización de fundamentaciones científicas para cuestiones abiertas, que la ciencia de entonces no había logrado resolver (como ocurre con la ubicación de la Atlántida).

Volviendo a la construcción utópica en sí, más allá de los desajustes e incongruencias de los criterios que la sostienen, es posible calificarla de *utopía racial*, por su insistencia en el análisis del factor racial, por encima del político o el social. Aquí reside la singularidad de la construcción utópica de LRC: utopía, pero racial, pero además irracional. Lo que en la mayoría de las utopías se plantea como enfrentamiento de clases, se presenta aquí como «lucha de razas», o más bien, fusión, asimilación, integración de las distintas razas, ya no enfrentadas, en un *nuevo tipo étnico de síntesis*. La tesis central de este ensayo consiste en la hibridación racial que apunta a un ideal de «fusión étnica y espiritual» (p. 29), a la formación de una «raza defi-

la sociedad en que vive el utopista. Cfr. Negley y Patrick, «La búsqueda de utopía», en: I.L. Horowitz, *ob. cit.*, p. 124.

nitiva, de síntesis, integral» (p. 31), una «patria libre, en la que encuentre hogar y refugio» (p. 36), la creación de una «nueva cultura»¹².

Vasconcelos se detiene en mostrar *cómo* sería posible alcanzar tal estado ideal, redundando en la utilización de componentes pragmáticos y prescriptivos («...es menester que...», verbos en imperativo y subjuntivo en la primera persona del plural, exhortaciones). A partir del análisis de las condiciones presentes que, en términos generales, parecen favorables a la realización de la fusión interracial, enumera los fundamentos del tal factibilidad: la legitimidad del mestizaje, sus ventajas para el aumento de la cultura; justificación de su valor por la comparación en la Historia de períodos de homogeneidad racial y de hibridez; creencia en la herencia, según una ley de cruzamientos regidos por una «simpatía verdadera» («ley del gusto estético» o «eugenesia») (pp. 33-34, 42); conveniencia de reforzar el hispanismo:

«... nosotros no seremos grandes mientras el español de la América no se sienta tan español como los hijos de España...». (p. 19);

necesidad de elevar el nivel económico de los hombres (p. 10); urgencia de la educación popular como medio de ingreso a la sabiduría, garantía del libre ascenso hacia los valores superiores (pp. 36-37); supresión universal de las barreras geográficas por la acción ejercida por las comunicaciones modernas; aplicación de medios técnicos y progresos científicos para conquistar el trópico y solucionar los inconvenientes que plantea la instalación de una civilización en ese medio (p. 35).

El *espacio* de la utopía de Vasconcelos es el trópico americano, la zona inexplorada de tierras disponibles ubicadas en la región más cálida del planeta que comprende: Brasil, Colombia, Venezuela, Ecuador, parte de Perú, parte de Bolivia y la región superior de la Argentina (pp. 33-35). Vasconcelos analiza las ventajas y obstáculos que ofrece este lugar, pero en ningún momento justifica la elección de dicha zona, con cierto fundamento.

Finalmente, resta determinar cuáles son los *valores* sobre los que se fundará «la nueva civilización». La fantasía es destacada como la «facultad primordial». Se privilegian los valores estéticos: la belleza, el buen gusto, junto con el amor, el ritmo, la emoción, la pasión y la alegría, que establecen las leyes y criterios que regirán en el futuro (pp. 36-37, 48).

Es digno de destacar, para cerrar el análisis de la configuración utópica de LRC, el anhelo de universalidad, que intenta trascender toda limitación racial, política, social, geográfica, desplazando intereses locales, provinciales, regionales y hasta nacionales, en nombre de una aspiración «cósmica», internacionalista, de un «mundo Uno» (p. 27), que se condensa en el nombre del lugar donde se asentarían *Universópolis* (p. 36). De no lograrse la fusión interracial deseada, el nombre sería *Anglotoon*, supuesta la hipótesis alternativa de un nuevo triunfo sajón.

¹² Medio siglo antes, Justo Sierra, en su estudio sobre el pueblo mexicano enunció y reivindicó el cruce de razas que caracteriza al mestizo indohispánico, euroamericano, como tipo virtual del Continente. Cfr. Alberto Zum Felde, *Índice crítico de la literatura hispanoamericana: El ensayo la crítica*. (México: Guaranía, 1954), p. 426.

Utopía e ideología

La yuxtaposición de discursos, códigos, teorías y doctrinas, con las que se estructura la construcción utópica que detectamos en *LRC*, reclama que nos detengamos en la determinación de la forma en que se registra el pasaje de una configuración ideológica a otra: de un sistema ideológico positivista, científicista, a otro, opuesto, postpositivista, que habilita la instauración de la constelación utópica, al que denominaremos provisoriamente «contraideología». Vasconcelos confiesa abiertamente la intención de poner en acción la función discursiva de *desenmascarar* las doctrinas y filosofías que sirven de justificativo para las ambiciones y manejos imperialistas de la raza dominante («Todo imperialismo necesita de una filosofía que lo justifique...» (p. 46)).

Desde el comienzo del ensayo, Vasconcelos se asume como «ideólogo»: busca elaborar una propuesta ideológica superadora de la «microideología» (p. 15) del especialista mediante la construcción de un cuadro bien planeado en función y al servicio de sus ideales. En la tercera parte del texto retoma esa reflexión:

«... pero ahora que se inicia una nueva fase de la Historia, se hace necesario reconstituir nuestra ideología y organizar conforme a una nueva doctrina étnica toda nuestra vida continental...» (p. 47).

Se hace referencia aquí a la «nueva ideología» de la nueva generación, que potencia los valores espirituales del desinterés y la libertad¹³. De este modo la utopía asume el valor de una *ideología*, rebasando el criterio limitado de considerar a la utopía como una consecuencia del uso exagerado de la imaginación. Roucek contribuye a conciliar la ideología con la utopía:

«... la ideología, por el otro lado, con su supuesto carácter «científico» utiliza de manera consciente o inconsciente ilusiones e incluso errores (...). La ideología da por sentado sus ilusiones, declina ponerlas en duda...»¹⁴.

Si aceptamos por otra parte, con Horowitz, que las ideologías son:

«... conjuntos de actitudes que pueden servir a diferentes estructuras políticas en diferentes períodos de la historia...»¹⁵,

podemos concluir que una doctrina puede calificarse tanto de ideología, como de contra-ideología, de acuerdo con cuáles sean los determinantes con-

¹³ Cfr. L. Zea, *ob. cit.*, p. 276.

¹⁴ Joseph S. Roucek, «La ideología como medio de control social», en: I.L. Horowitz, *ob. cit.*, p. 40.

¹⁵ Cfr. Irving Louis Horowitz, «Formalización de la teoría general de la ideología y la utopía», en: Horowitz, *ob. cit.*, p. 92: redefine los conceptos de *utopía*, ideología y *contra-ideología*. Desmiente en la ideología y la contra-utopía el mero uso exagerado de la imaginación. Subraya la función de la contraideología de «desenmascaramiento» de las ideologías establecidas.

Por otra parte, Talcott Parsons define a la «contraideología» como «una ruptura abierta con el sistema de valores e ideología de una sociedad más amplia», compartida por un grupo divergente. Talcott Parsons, «La institucionalización de las ideologías», en: I.L. Horowitz, *ob. cit.*, p. 105.

cretos de carácter histórico y empírico, y según qué sea lo que se defiende o ataca, alaba o critica, en un momento dado de la evolución social.

En consecuencia, es posible detectar el mecanismo estratégico que permite dilucidar el doble estatuto de *LRC*: de *construcción utópica contraideológica* y de *instrumento ideológico* revestido de una *forma utópica*.

Por una parte, el texto acude a argumentos cientifistas para poner en funcionamiento la estrategia de *contrarrestar* la eficacia y los alcances de la tesis darwinista de la selección natural, que sostiene la superioridad étnica del blanco sajón y capitalizarla a su favor, para defender su teoría de la integración racial y cultural en una quinta raza de síntesis, que será fruto de una sabia selección regida por la ley eugénica del buen gusto (p. 44). Vasconcelos busca *captar la atención* del lector, para moverlo hacia el «deber ser», que constituye el ideal de una «nueva humanidad». Para ello hace uso de una velada persuasión, que se despliega toda vez que *pone en común* con el lector los interrogantes y dudas que surgen en su reflexión, presenta las cuestiones sin resolver, para compartir en un paso posterior la búsqueda de las posibles salidas. Para lograr su cometido «sondea» con los mismos métodos de la ideología que pretende desarticular, pero sin llegar al objetivo deseado, por lo que ya hemos señalado como un desajuste considerable entre el discurso utópico y la argumentación científica, que en Vasconcelos no supera la retórica y la falta de solidez y coherencia lógicas¹⁶. Llega incluso a *invertir* la ley de los tres estados de Comte para exponer su visión de la historia, como un proceso gradual y progresista que consta de tres etapas: 1) material o guerrera; 2) intelectual o política; 3) espiritual o estética (p. 38). Sostiene asimismo la convicción de que no hay retornos en la Historia, sino que todo es novedad en ella: cada raza tiene un período único de poderío y una misión particular que cumplir, en un determinado momento histórico.

En segundo lugar, hemos sugerido leer *LRC* como una ideología nueva, que representa un sistema de creencias y doctrinas compartido por los miembros de la nueva generación mexicana. Es, desde esta perspectiva, que el ensayo se afirma como propuesta más coherente, aún admitiendo las *fisuras* por las que asoman en el discurso espiritualista, elementos remanentes del código oficializado e institucionalizado como norma, en el que se formó, aunque con una visión crítica, el mismo Vasconcelos, en el período porfirista. Así se entienden las concesiones a la ideología positivista, tales como la alusión a «razas superiores e inferiores» (p. 44, p. 30), que contradice la tesis central desarrollada en *LRC*; la frecuente utilización del criterio de utilidad (p. 31) y la final aceptación de la doctrina darwinista, aunque sólo para las especies inferiores y no para la especie humana (p. 44)¹⁷.

Al mismo tiempo se ubica en su justo lugar la forma utópica que asume la propuesta ideológica con referencia al rol que le asigna a la «América mestiza». La construcción utópica pone de manifiesto la *revelación* del nuevo

¹⁶ Intención y efecto semejantes encontramos en la ampliación de la ley hereditaria de Mendel al plano del espíritu: «mendelismo astuto», «mendelismo espiritual» (pp. 43-44, 50).

¹⁷ Vasconcelos se opone a la aplicación del darwinismo como biología social. Su posición se perfila como contrapartida del «Estudio de las relaciones entre la sociología y la biología», de Manuel Ramos, discípulo de Gabino Barreda y miembro de la Asociación Metodófila. Cfr. L. Zea, *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*. (México: F.C.E., 1968), p. 172.

papel que le corresponde a Hispanoamérica, como sede de la nueva raza y puente (p. 30) para concretar la fusión interracial universal. Se registra así un desplazamiento de un rol subordinado, dependiente y periférico en el juego de fuerzas raciales y políticas mundial a una posición *central y protagónica*:

«El objeto del continente nuevo y antiguo es mucho más importante. Su predestinación obedece al designio de constituir la cuna de una raza quinta en la que se fundirán todos los pueblos, para reemplazar a las cuatro que aisladamente han venido forjando la Historia. En el suelo de América hallará término la dispersión, allí se consumará la unidad por el triunfo del amor fecundo, y la superación de todas las estirpes...»(p. 28).

El discurso alterna entre una actitud *crítica frente al presente* (p. 18) y la *idealización de un futuro*, que desde una perspectiva progresista y esperanzada, se intuye como patria de una estirpe mejor y de un tipo superior (p. 30). El presente, no obstante, es contemplado como una etapa de transición hacia la tercera edad: estética (p. 41) y se advierten en él condiciones propicias para su advenimiento (p. 51).

Se confirma también en este punto lo que Melvin Lasky afirma acerca de las utopías:

«Las utopías se escriben a partir de la esperanza y de la desesperación. Son modelos de estabilidad concebidos con ánimo de contradecir. Son acciones (...) en nombre de valores ideales (...). Son interpretaciones del orden existente y, muchas veces, programas de cambio. La implicación exhortadora de la utopía, en forma de un requerimiento secreto, está siempre presente, pues todos los ideales políticos son implícitamente revolucionarios; sus elementos críticos llevan a disentir; sus perfectas proyecciones, a un anhelo por construir de nuevo. el sueño utópico del futuro, con sus fuentes en la fantasía y en la alienación, implica la pesadilla del presente...»¹⁸.

Pasado, presente y futuro recorren el texto de *LRC* en un constante juego contrapuntístico, donde triunfa la persistente confianza en las potencialidades de Hispanoamérica, para cumplir con su destino histórico (p. 53). Frente al pasado, se asume una doble postura: *ruptura* con la ideología que sustenta la ambición sajona y *continuidad* con el pasado hispánico (panhispanismo), y prolongación de la utopía retrospectiva de la civilización atlántida.

El discurso utópico en Vasconcelos cumple la *función ideológica* como lo afirma él mismo, de «*levantar el ánimo* de una raza deprimida, ofreciéndole una tesis que contradice la doctrina con que habían querido condenarla sus rivales» (p. 49). Pero posee la particularidad de contaminar incluso los proyectos de política cultural de su creador. Así lo comenta Vasconcelos en la última parte del ensayo, para ilustrar hasta qué punto las ideas aquí expresadas habían encarnado en sus proyectos para la Secretaría de Educación Pública, hasta darle forma plástica en los murales del patio del nuevo Palacio de la Educación Pública de México, cuyas alegorías así como las estatuas de piedra, anticipan las ideas que expone sintéticamente en este ensayo (p. 53). Se confirman pues, en su escritura planes y programas, convic-

¹⁸ Melvin Lasky, *Utopía y revolución*. (México: F.C.E., 1985), p. 26.

ciones políticas y experiencias recogidas de sus viajes por el continente americano¹⁹.

III

Gran parte de las críticas y objeciones que recibió *LRC* insisten en su falta de rigor, su inconsistencia declamatoria que la convierte en pura oratoria, las frecuentes digresiones, reiteraciones que acrecientan la insustancia del discurso, ya fundado en bases antropológicas poco firmes y en falsas argumentaciones²⁰. Desde nuestra visión, nos parece evidente la existencia de una construcción utópica en *LRC*, que salva en parte la crítica negativa que la condena al rango de «floripondio sociológico-retórico, hinchado de falso profetismo»²¹. Subsisten sin embargo las grietas, las tensiones por la recurrente utilización de diferentes discursos, los vestigios de otras ideologías remanentes, el desajuste entre el anhelo y el proyecto sin sustento científico. Utopía con elementos científicistas, ideología con ropaje utópico, la ambivalencia aparece como constituyente primordial del discurso de *LRC*. Más allá de las objeciones de la crítica, su autor se ganó fama de «profeta americanista» en el Continente, y tuvo un poderoso eco en Hispanoamérica, más aún el primer Vasconcelos, quien fue proclamado «Maestro de Juventud». Semejante éxito responde en cierto modo a la eficacia del discurso y al hecho de que sea el pueblo mexicano y latinoamericano, de las clases medias, su destinatario privilegiado. Dominada por la vehemencia de la pasión y el sentimiento, su escritura tiende a ser incoativa, persuasiva como instrumento ideológico, que aspira a ejercer violencia mental en su afán didáctico y pedagógico.

Generada a partir de las reflexiones de los ateneístas, bajo el impacto de la Revolución Mexicana, con elementos de la ideología burguesa, liberal, dominante, la utopía de *LRC* inaugura un mundo del *como si*, que guarda alguna relación con lo real, pero idealizado. Su condición de ensayo americanista no se desvanece por la ausencia de seriedad y precisión científica en los conceptos —no todo americanismo es necesariamente científico y medido—. Todo lo contrario por el tipo discursivo mismo —ensayo— se habilita, en virtud de su intrínseca libertad formal y temática, la posibilidad de legitimar su carácter utópico y sumarse a la numerosa lista de autores y obras que, desde Sarmiento a Martínez Estrada, de Lucas Alamán a Justo Sierra, de Darío a Neruda, de Montalvo a Mariátegui, producen profecías de paraísos inminentes, que anuncian un estado futuro mejor.

¹⁹ Durante su función como Secretario de Educación Pública, Vasconcelos propició la difusión popular de la cultura y la educación, mediante campañas de alfabetización, ediciones populares de obras clásicas, fomentó la pintura mural en México (frescos del Palacio de la Secretaría de Educación Pública, pintados por Diego Rivera y José Clemente Orozco). Cfr. José Joaquín Blanco, *ob. cit.*, p. 94, quien cita el discurso de inauguración del «palacio» para la Secretaría, que contiene similitudes con el párrafo que cierra *LRC* (9.VII.1922).

²⁰ Se destaca por su acritud la crítica de Alberto Zum Felde a los libros americanistas de Vasconcelos. Allí encontramos juicios como: «lo que hay de bueno en ellos no es nuevo y lo que hay de nuevo no es bueno», «divagación literaria», «verbalismo filosofante», «tropicalismo filosófico», «mística verbalista», «iberoamericanismo divagatorio y retórico», «americanismo retórico, charlatanesco». A. Zum. Felde, *ob. cit.*, pp. 426-427.

²¹ A. Zum Felde, *ob. cit.*, p. 426.